

# Pablo I el Conquistador

de Alberto Ramos

título original: *Pau I el Conqueridor*

traducción del autor

alberto.ramos@gmail.com

versión: noviembre 2014



Este texto está bajo una licencia Creative Commons  
de [Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

*Pau I el Conqueridor* es un monólogo dirigido por Llàtzer Garcia, interpretado por David Planas, con espacio escénico de Pablo Paz y producción de Teatre a la Llauna i l'Avi Robert. Se estrenó el 18 de abril de 2013 en La Planeta (Girona).

**PERSONAJE**

*Pau.*

**ESPACIO**

*Un piso antiguo con una puerta cerrada.*

**TIEMPO**

Un futuro inmediato o un 2014 ucrónico.

*Pau, con una corona en la cabeza. Golpea la puerta. Silencio. Vuelve a golpearla.*

**PAU**

Abuelo.

Abuelo, ¿estás muerto?

*Alguien tira de la cadena. Es una tirada larga.*

¿Eso es un no?

*Silencio.*

*Vuelven a tirar de la cadena, pero durante un lapso más corto.*

¿Cómo era? Tirada corta, sí, y tirada larga, no. ¿No?

*Silencio.*

No, no, no hace falta que me respondas si no quieres. Ya conozco la respuesta. Sólo te lo preguntaba para ver si decías algo. Ya podrías hablar de vez en cuando, para variar, ¿no? Joder. Que parece que no viva nadie, en esta casa de los cojones. Sólo un fantasma. El fantasma del baño.

*Tirada de cadena larga.*

Claro que no eres un fantasma. Porque los fantasmas son gente muerta y tú estás vivo. O eso creo. De hecho, tanto me daría que estuvieras muerto. Con todo lo que he hecho por ti.

Podrías salir de vez en cuando, ¿no? ¿Cuándo fue la última vez que saliste? El mil novecientos... ¿qué? ¿Mil novecientos setenta y siete? ¿Setenta y ocho?

En serio que no lo entiendo. ¿No querías una Cataluña independiente? ¡Pues aquí la tienes! ¡Cataluña es independiente!

Aún falta una parte, ya lo sé. Pero más del 99,5 por ciento del territorio de Cataluña es independiente. ¡Más del 99,5 por ciento!

Ya lo sé, ya, que todo está a punto de irse a la mierda. Y por eso mismo te lo digo. ¡Aprovecha! ¡Sal ahora que tienes una Cataluña independiente! No toda la Cataluña que habríamos querido, ya, pero es un buen cacho. Más de lo que nunca habrías soñado.

En cualquier momento podemos perder esto que tenemos. Es cuestión de días, puede que de horas. Pero ¿sabes qué? Si consigo que salgas, si puedo verte caminar por un país independiente, te juro que habrá valido la pena. Si puedo ver a mi abuelo, a mi querido abuelo, salir del baño y respirar el aire de una tierra libre, y morir, morir en una Cataluña independiente, entonces todo este sacrificio habrá valido la pena.

*Silencio.*

Abuelo.

Abuelo, me estoy cagando.

Manda cojones. Soy el rey del 99,5 por ciento de Cataluña y no puedo sentarme en el trono de mi propia casa.

*Tirada de cadena larga.*

Perdón. De la casa de mi abuelo.

Pero tienes que entenderlo: no puedo bajar a casa. Ahora mismo no puedo. Estamos pasando por un momento muy delicado y no puedo dejarte solo ni tan siquiera el tiempo necesario para ir a cagar al piso de abajo. Ahora, más que nunca, tenemos que estar juntos. Tenemos que hacer piña. Si ahora me voy, aunque sea un momento, podrían aprovechar para...

De hecho, me extraña que no hayan venido aún.

*Se sienta en una silla.*

*Silencio.*

Todo está muy silencioso. Demasiado.

Hay demasiado silencio. ¿Me oyes? ¡Demasiado silencio!

No me gusta el silencio. Nunca me ha gustado. Yo soy un hombre de acción. ¿Qué te voy a contar? No soporto tener que estar quieto, sentado. No me gusta estar sentado ni para cagar.

*Se levanta.*

No soporto estar quieto. Cuando me echaron del instituto fue la peor época de mi vida. Todo el día en casa. Porque yo no soy como tú, no. Yo no sé estar todo el día encerrado, pelándomela como un mono. ¿Y sabes quién me hizo salir de casa? ¿Sabes quién me dijo: levanta el culo y ponte a trabajar?

El presidente de España.

Sí, como lo oyes, el presidente del gobierno español. Fue él, él y su panda de ministros, los que me dijeron: Pau, levántate y vete a limpiar un bosque incendiado. Sí, como estaba parado, decidieron que sería más útil limpiando los restos de un incendio. Más útil y más barato.

Y fui. Claro que fui. ¿Qué otra cosa podía hacer? Fui a aquel bosque, y no lo hice porque me obligara el presidente de España, no. Lo hice porque no soporto estar tirado en el sofá cuando mi tierra me llama. Porque no me llamó el presidente, no, ni sus ministros ni los delegados de su gobierno, no. Quien me llamó fue la tierra. La tierra quemada del Empordà que en un acto de desesperación habló por boca de un presidente español y de su gobierno imperialista.

Fue muy frustrante. Quería ayudar y quería no tener que hacerlo. Yo lo que quería era estar en el instituto, contribuyendo a la formación de pirómanos en potencia para que no fueran pirómanos. Yo quería seguir enseñando la historia de Cataluña, transmitir el amor por la tierra. Pero no, ahora me había tocado barrer las cenizas de esa misma tierra. Por culpa de unos políticos ineptos que habían decidido recortar los recursos en prevención de incendios. Total, a ellos tanto les da que los bosques se quemen y que los institutos públicos se queden sin maestros. Porque siempre pueden reciclar a esos maestros para convertirlos en limpiadores de bosques quemados. Eso es lo que ellos entienden por reciclaje. Reciclar personas... Perdón, personas no: recursos humanos. Ya no somos personas, ahora somos recursos humanos.

¿Y sabes qué? Que lo consiguieron. Consiguieron reciclarme. Me convirtieron en otra persona. Pero no en la persona que ellos habrían querido, no. Todo lo contrario: me convirtieron en su peor enemigo.

Fue allá, agachado en aquel bosque. Fue allá, mientras limpiaba las ramas muertas con una navaja. Mientras hacía ver que las limpiaba, porque yo no tengo ni idea de limpiar bosques. Fue allá, entre los escombros, entre las ruinas del Empordà... No las ruinas de Empúries, sino las ruinas de Cataluña. Fue allá, digo, cuando lo vi. Vi a mi abuelo moribundo.

Abuelo, te vi. Te vi moribundo... Claro que no te vi. No te podía ver. Tú estabas aquí, encerrado en este baño, como siempre, y yo estaba en aquel bosque. Pero te vi con la imaginación. Proyecté en mi mente una imagen de ti mucho más viva que si te estuviera viendo. Una imagen viva, sí, pero te veía moribundo. Prácticamente muerto. Te veía medio cadáver, como aquel bosque. Y entonces me vi a mí.

Sí, a mí. Me vi a mí mismo cortando ramas, segando la hierba quemada con la navaja que me regalaste. La de coger setas, ¿te acuerdas? Me vi segando. Yo, segando. Yo, un segador. Un segador. Yo, Pau Managuerra, profesor de historia de un instituto de ESO, me había convertido en segador.

Cogí una piedra, una piedra gorda, y afilé mi herramienta. Y mientras la afilaba me puse a cantar: “*Bon cop de falç, bon cop de falç...*”

Si digo que tuve una revelación puede sonar pretencioso. Pero es que tuve una revelación. Como cuando San Pablo cayó del caballo. Por un momento tu nieto Pau se convirtió en su propio santo. Sí, por un momento yo vi la luz. Mientras cantaba nuestro himno y afilaba mi herramienta. Tuve una revelación, una inspiración divina.

De repente lo vi todo claro. Comprendí que debía adoptar medidas drásticas. Y vi cuáles debían ser esas medidas. Todo a la vez. Lo vi todo a la vez.

Era el momento de pasar a la acción.

Y lo hice.

Pasé a la acción.

Era una medida drástica, y la tomé sin vacilar.

*Silencio.*

Me apunté a un cursillo del Instituto Nacional de Empleo.

Sí, aquel mismo día, justo al llegar a casa, me apunté a un cursillo del INEM. Un cursillo para emprendedores.

Dicho así, de entrada, no parece gran cosa. Pero era un paso. Un pequeño paso para el hombre, pero un paso de gigante para la nación catalana.

Era un paso necesario. Un paso necesario para llevar mi idea a la práctica. Porque ya he dicho que tenía una idea, ¿no? Sí, tenía una idea:

Convertir Cataluña en un país independiente.



Bueno, puede que no fuera una idea demasiado original. Muchas personas han tenido esta idea antes que yo. Pero sólo se han quedado en la idea. Claro que ha habido intentos de llevarla a la práctica... antes de la guerra. También ha habido propuestas de referéndums. Pero yo no creo en referéndums. Porque las cosas, si de verdad queremos hacerlas y que no se queden en palabras, las tenemos que hacer en caliente. El juicio, el *seny*, tiene que dar paso al arrebató, a la *rauxa*, y es esta *rauxa* la que nos da la fuerza para pasar a la acción. Para hacer las cosas. ¿No lo dijo aquel presidente, que los catalanes hacemos cosas? ¡Pues hagámoslas!

Por eso me apunté al cursillo del INEM, o como se llame ahora. Porque ya no se llama INEM, ¿lo sabíais? Me apunté porque tenía una idea, ya os lo he dicho, pero también tenía un plan. Un plan infalible:

Proclamar la independencia de Cataluña.

Parece simple, pero no se le había ocurrido a nadie. Proclamar la independencia de... Quizás no me he explicado bien. Lo que yo quería proclamar era la independencia *respecto* de Cataluña. Que yo, que mi casa, fuera independiente de Cataluña. Mi piso, que está aquí abajo, y el piso de mi abuelo, que al fin y al cabo está ocupando el mismo territorio geográfico, serían proclamados un estado independiente de Cataluña. Como aquello de la “república independiente de tu casa”, pero con una pequeña diferencia: que en este caso sería la “monarquía independiente de mi casa”. Mi casa, una monarquía. Y yo sería el monarca absoluto.

*Tirada de cadena larga.*

Abuelo, ya te pregunté si querías ser el rey de las Islas. De las Islas Medas. Te lo propuse, y me dijiste que no. Así que ahora no te me quejes.

Parece paradójico, pero es así: para que Cataluña fuera independiente de España primero tenía que ser independiente de Cataluña. La independencia de Cataluña pasaba por no depender de Cataluña. ¿Es o no es una jugada genial?

Pero esto no es todo, claro. Esto sólo es el primer paso. El primer paso de un plan de

cuatro pasos. Cuatro pasos.

El primer paso, lo acabo de decir, era declarar mi casa un estado independiente de Cataluña. Un estado propio que no dependería de nadie.

El segundo paso sería coronarme rey. Así este estado independiente ya dependería de alguien. De mí.

El tercer paso, y aquí está el quid del asunto, el meollo de la cuestión, la madre del cordero. El tercer paso es... Atención, porque aquí está la clave, la esencia, la piedra angular. El tercer paso es... conquistar Cataluña. Conquistar Cataluña, y agrandar mi reino, hasta que toda Cataluña pase a formar parte de este reino. Y entonces sólo faltará en cuarto paso:

Declarar la independencia de Cataluña respecto de España.

O no. No, no, no hará falta. Porque Cataluña ya será un territorio conquistado y anexionado a mi reino. Y, por lo tanto, no dependerá de España. No hará falta proclamar la independencia.

Pero he dicho que mi plan constaba de cuatro pasos. Y es cierto: constaba de cuatro pasos.

El cuarto paso es abdicar. Una vez haya conquistado Cataluña, renunciaré a la corona, para que Cataluña pase a ser una república. Una república independiente.

Lo digo en serio. Yo esto no lo hago por el poder. No quiero el poder. No lo quiero y no me gusta. Ser rey es muy duro. Porque estás solo. El poder está muy bien, pero estás solo. Nadie puede entenderlo. Nadie conoce la soledad de la realeza, sólo otro rey. Otro rey.

De todos modos, estoy siendo demasiado optimista. Ya me gustaría a mí poder abdicar. Nada me gustaría más que poder quitarme esta corona pesada. No sabéis cómo me gustaría poder arrancármela.

*Se quita la corona.*

Lo decía en sentido figurado.

Cuatro pasos: Independencia del piso. Coronación. Conquista de Cataluña.  
Abdicación.

Así de fácil. Así de fácil... Fácil de decir. Es muy fácil de decir, pero ¿cómo se hace? ¿Cómo puede un profesor de ESO en paro hacer todo esto? ¿Cómo puede un profesor de ESO en paro acometer una empresa tan ambiciosa?

En primer lugar, apuntándome a un cursillo del INEM. Un cursillo para jóvenes emprendedores. Lo vi por Internet. Era un cursillo para parados, para que aprendiéramos a montar nuestra propia empresa. Estaba muy bien. A mí me fue muy bien.

*Una tirada larga de cadena.*

¡Lo digo en serio! Me fue muy bien, de verdad. Me permitió adquirir las herramientas necesarias para montar mi empresa: Reconquista, SL. Reconquista, Sociedad Limitada. Limitada a mi persona, claro. Porque estaba solo.

Estoy solo.

No digas nada, abuelo. Sabes que tengo razón. Esto lo he hecho por ti, y no espero que me des las gracias. No espero nada. Lo único que espero es que... Mira, no sé qué espero. ¿Por qué cojones tiene que ser todo tan complicado?

Estos días he pensado mucho en la abuela. La echo mucho de menos. Más que tú.

La abuela. Siempre decía que yo era el rey de la casa. Ya desde muy pequeño me lo decía: "Pau, eres el rey de la casa." Y nunca dejó de decírmelo. Recuerdo el día que cumplí treinta y cinco años. Me dijo: "Pau, eres el rey de la casa." Y me dio un billete de cinco, a escondidas.

El rey de la casa. Ahora, si me viera, estaría orgullosa de mí. Bueno, no. Estaría orgullosa de ella misma. Porque había acertado. Había acertado que yo sería rey. Rey de la casa. Le gustaba mucho acertar. No había nada en el mundo que la hiciera más feliz.

La abuela. La abuela era muy aficionada a las quinielas. Una vez acertó una de catorce. Abuelo, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de aquella vez que acertó una quiniela de catorce? Y no le gustaba el fútbol. Tampoco le gustaba gastar. No, no le gustaba gastar, aparte del billete de cinco que me daba a escondidas por mi cumpleaños, claro. La abuela era muy agarrada. Por eso nunca selló una quiniela. Las hacía, pero no las llevaba a sellar. Abuelo, ¿te imaginas que la abuela hubiera cobrado la quiniela de catorce?

*Silencio.*

El cursillo estuvo bien. Me dieron unas cuantas herramientas para montar mi empresa. Para empezar, aprendí a hacer un plan de marketing. Y una identidad corporativa. Tuve que crear una marca. Un *namings*, lo llaman. Tuve que crear una marca con gancho, fácil de pronunciar y con un interés comercial. Y, abuelo, ¿sabes qué marca creé?

Pablo I el Conquistador.

También tuve que crear un logotipo. Decían que tenía que ser una cosa moderna, sencilla. Pero yo no lo veía. A una marca como Pablo I el Conquistador no le puedes poner un logotipo como el de la PlayStation. Una marca como Pablo I el Conquistador te pide algo más clásico. Con solera. Como un escudo de armas. Y eso hice: un escudo de armas.

*Muestra un escudo con una butifarra en el centro.*

Y por último tuve que crear un eslogan. Como la marca, debía ser una frase con gancho. Una frase que resumiera la idea de mi negocio. Mi objetivo. No fue fácil, pero al final lo conseguí. De hecho, estoy muy orgulloso de mi eslogan.

*Se aclara la garganta.*

Mi reino por una república.

Mi reino por una república. ¿A que es bueno? Además, resume a la perfección el objetivo de mi empresa. La misión final. Cuando sea rey de toda Cataluña abdicaré, y mi reino se convertirá en una república. Una república independiente.

Es curioso. Querer ser rey para dejar de serlo. Como... como... como el papel higiénico, que su misión en la vida es dejar de serlo. Dejar de ser higiénico. Porque se ensucia.

*Una tirada de cadena corta.*

*Silencio.*

*Pau abre un cajón y saca un rollo de papel higiénico. Llama a la puerta. Como no se abre, deja el rollo en el suelo, en posición horizontal, y desliza el extremo del papel por debajo de la rendija de la puerta.*

Pablo I el Conquistador. Me gusta cómo suena. Me podría haber llamado Pablo, a secas. Pablo el Conquistador, sin el número. Porque no habrá sucesión. Después de mí no vendrá ningún Pablo II. Pero me gusta cómo suena. Pablo I, el Conquistador. Como Jaime I, el Conquistador.

Además, ya tengo hechas las tarjetas.

Pablo I el Conquistador. Mi reino por una república.

Mi marca. Mi eslogan. Requisitos imprescindibles para montar una empresa como Dios manda. Pero me faltaba otro. Otro requisito imprescindible.

*Pau hace con los dedos el gesto universal del dinero.*

Fui al banco y les pedí un crédito. Les presenté mi empresa: Reconquista, Sociedad Limitada. Presenté mi plan de marketing, mi modelo de negocio, mi identidad

corporativa. Les dije que necesitaba un crédito para llevar a cabo mi objetivo empresarial: conquistar Cataluña.

No me hicieron ni puto caso.

Les dije que era un asunto de vida o muerte. Que mi abuelo estaba muy enfermo y, si no me concedían el crédito, si no me lo concedían inmediatamente, pasaría a mejor vida. Eso dije: que estabas a punto de diñarla y que no quería que murieras sin haber visto una Cataluña independiente. Que no quería verte morir siendo un súbdito del Reino de España.

*Tirada de cadena larga.*

Sabes que tengo razón. Te estás muriendo.

De acuerdo, reconozco que exageré un poco, es cierto, pero los tenía que enternecer. Tenía que enternecer al director de la sucursal bancaria que me debía dar el crédito.

¿Sabes que le hablé de tu exilio? ¿De tus exilios? De todo el tiempo que pasaste en Francia, durante la dictadura. De tu regreso a Cataluña, a la muerte del dictador. De tu desencanto durante la transición y el restablecimiento de la monarquía borbónica. De tu segundo exilio, el exilio interior. Eso dije: que te habías exiliado en el baño de casa. Que llevabas más de treinta años exiliado en el baño de casa. Más de treinta años sin salir ni para fumar un cigarro. Y eso no es ninguna exageración.

Le conté todo esto al director del banco. Para enternecerlo. Y ¿sabes qué? Que no lo enternecí. Aquel hombre era más duro que una roca. Aquel hombre no tenía sentimientos. Y me lo denegó. Me denegó el crédito.

Cada vez que lo pienso... Cada vez lo veo más claro. Cometí un error de estrategia. Si le hubiera dicho al director del banco, de la oficina del banco...; si le hubiera dicho que lo que yo quería era convertir Cataluña entera en un parque de atracciones para toda la familia, con casinos y putas; si le hubiera dicho eso, entonces me habría concedido el crédito. Ya lo creo, ya, que me lo habría concedido.

Me denegó el crédito, sí, pero mi empresa ya estaba en marcha. Y no la podía detener. Ya tenía la marca, el logotipo, el eslogan... ¿Sabéis que la palabra eslogan viene de una frase escocesa que quiere decir grito de guerra? *Sluagh ghairm*. Grito de guerra.

Ahora debía ir un paso más allá. O más atrás. Un paso al pasado, a las raíces. Dicho y hecho, creé un linaje real. Sí, un árbol genealógico que me diera autoridad moral para reivindicar la corona de Cataluña. Un árbol genealógico que se remontaba a Guifré el Pilós.

Bueno, puede que no sea del todo cierto. Puede que no sea descendiente directo de Wifredo el Velloso. Puede que todo esto sea mentira, pero... ¿hay alguna prueba? ¿Algún documento certifica que no soy descendiente del Conde de Barcelona, de Osona, de Girona, de Urgell y de Cerdanya y de Conflent? Entonces no me pueden acusar de mentiroso. Como mucho, me acusarán de haber usado una licencia publicitaria. Como las pizzas de Casa Tarradellas: ¿dónde se ha visto que las pizzas sean un producto de nuestra tierra? Y, ya que estamos, ¿vosotros habéis visto la Casa Tarradellas? ¿Vosotros habéis visto la masía? Yo sí, en Gurb, y ¿sabéis qué? ¡Es una fábrica! En serio: es una fábrica, nada que ver con la masía que sale en los anuncios.

*Contempla el escudo.*

Te enseñaría el escudo, pero no pasa por debajo de la puerta. Sólo te diré una cosa: aparece... ¿A que no lo adivinas? Vamos, di: ¿cuál es el elemento central del escudo? Vamos, di.

*Pide silencio (un silencio cómplice) al público.*

Una butifarra.

Sí, una butifarra.

Pero eso no es lo mejor de todo. No, no, porque la butifarra no sólo está presente en

el escudo. También me hice un cetro.

*Muestra una butifarra.*

Un cetro con forma de butifarra. A simple vista parece una butifarra, pero no. Es un cetro de escayola. Sí, ya lo sé, es un poco cutre. La idea inicial era hacérmelo de oro. Lo de la escayola sólo era un molde, pero bueno, el cetro de oro se me iba de presupuesto. Y, en cualquier caso, lo importante es el valor simbólico. Porque la butifarra es un símbolo.

¿Qué te voy a contar? La butifarra es un símbolo, es el símbolo de la familia. Y no me refiero a Wifredo el Velloso, sino a la familia real. La familia de verdad. Me lo dijiste tú, abuelo, que a tu abuelo ya lo llamaban *el Buti*. Lo que no me dijiste era por qué... Bueno, ya me lo imagino. La genética habla por sí sola.

Pero la butifarra no sólo es un símbolo familiar. También es un símbolo nacional. Es la versión tridimensional de las barras de sangre de nuestro presunto antepasado, el conde Wifredo. La butifarra es sangre. Y huevos, y tripas. La butifarra es un símbolo de lucha. De lucha y de rebelión.

*Pau hace un corte de mangas<sup>1</sup> (a nadie en particular).*

Es un símbolo de *rauxa*, sí. Y de *seny*. De *seny* o de estrategia.

Esto lo digo por el juego de cartas. La *botifarra*.

La butifarra está llena de significados. Es como una cebolla, con todas sus capas. La butifarra es como una cebolla.

*Silencio.*

---

<sup>1</sup> En catalán, a hacer un corte de mangas se le llama *fer botifarra*.



No me gusta este silencio.

*Silencio.*

Bueno, todo esto es muy bonito. Me refiero al simbolismo de la butifarra. Es muy bonito. Pero aún faltaba un asunto tanto o más importante que este símbolo de la patria. Un elemento que de por sí también es un símbolo de la patria.

La pela.

Sí, la pela. Porque ya os he dicho que el banco me denegó el crédito. Y sin pelas no eres nadie. No puedes ser el líder de Cataluña si no tienes cuartos. Ya es difícil ser monarca de tu piso de cincuenta metros cuadrados, imagínate si tienes que serlo de toda Cataluña. Pero había llegado demasiado lejos y no me podía echar atrás por la negativa de un simple banquero. Antes al contrario: esta negativa me incitaba a seguir luchando.

De pronto tuve una idea. Una nueva inspiración divina. Pero la idea no me la dio Dios nuestro señor, sino Llàtzer. Un amigo que se dedica al teatro. Hace funciones de teatro. Seguro que te suena... el teatro. Se inventó en tu época. Resulta que este amigo, Llàtzer, quería montar una obra de teatro, pero le faltaba pasta. ¿Y sabes qué hizo? Abrió una página en un sitio de Internet que se llama Verkami. Era una página donde explicaba su proyecto, para recaudar dinero. Es como pasar la gorra, más o menos, pero ellos lo llaman micromecenazgo. O *crowdfunding*, que tiene más empaque. Y lo más sorprendente es que funcionaba: la gente le enviaba dinero.

Entonces se me ocurrió: si hay gente dispuesta a financiar una obra de teatro, ¿qué no pueden llegar a hacer por un proyecto creativo de más altos vuelos? ¿Qué no pueden llegar a hacer por una obra de mayor envergadura como puede ser la reconquista de Cataluña y su conversión en un estado libre y soberano?

Dicho y hecho. Creé una página de Verkami donde explicaba mi proyecto. También hablaba de ti, abuelo. De tus exilios. Que no hubiera conseguido enternecer al director del banco no quería decir que no pudiera funcionar con el resto de catalanes.

Yo creo en la sensibilidad de los catalanes. Yo creo, yo sé, que cuando nos tocan la

fibra sensible los catalanes somos los primeros en dejarnos la pasta. Fijaos en *La Marató* de TV3, por ejemplo.

Pero tuve otra idea genial: a cambio de cada aportación económica, ofrecería un título nobiliario. A quien me diera 20 euros, lo haría barón. Con 30 euros, vizconde. Y con 40, conde. Por 50 euros podías ser marqués. Y por 100 tendrías un ducado. ¿Era o no era un plan perfecto? Por un lado apelaba a la sensibilidad de los catalanes, y por el otro, a su vanidad. ¡Era genial!

Fue un fracaso absoluto.

Durante el primer mes no recibí ni cinco euros. Ni Llàtzer quiso participar. Y bueno, reconozco que era un proyecto demasiado complejo, y que se necesitaba tiempo para que la idea calara en la mentalidad de los catalanes. Porque los grandes cambios no se producen de la noche a la mañana. El problema, sin embargo, es que yo no disponía de tanto tiempo. Los de Verkami me habían dado un plazo de cuarenta días. Si en cuarenta días no conseguía el dinero, me cerraban la página. Cuarenta días. ¡Y ya había pasado un mes entero!

En diez días no podía cambiar la mentalidad del pueblo catalán. Era imposible. Ya había renunciado a recaudar dinero por esta vía. Y ya sólo me quedaba el último recurso. Un recurso desesperado, si quieres, pero yo era un hombre desesperado. El plan A y el plan B habían fracasado, pero aún tenía el plan C:

El Braguetazo.

Bueno, *braguetazo* quizás es una palabra un poco fuerte, pero es lo que es. Ramoneta es fea. Es muy fea. Tú la has visto, abuelo, te la presenté un día. ¿Te acuerdas?

*Tirada de cadena larga.*

¡Cómo no te vas a acordar! ¡Pero si es la única mujer que ha entrado en este baño desde que murió la abuela!

Te juro que era una mujer.

Lo reconozco, soy el primero en reconocerlo: Ramoneta es fea a más no poder. Y de acuerdo que ha sido *pubilla* en la Fiesta Mayor de este año. Y del año pasado, y del otro. Y del otro. Pero eso no quiere decir nada. Bueno, sí, quiere decir una cosa: que es la hija del alcalde. Y que el alcalde es un hombre muy influyente. ¿Y por qué es muy influyente? Porque está podrido de dinero. Esto es así.

Pero no quiero que penséis mal. A mí Ramoneta me gusta. Es fea, pero me gusta. Bueno, puede que *gustar* no sea la palabra. Pero tiene morbo. Tiene mucho morbo. Es la mujer del pueblo que me produce más morbo. Claro que también es la única con quien he follado, y por lo tanto es difícil ser objetivo.

Lo que te decía: tenía un plan. En realidad fue un plan improvisado. Resulta que Ramoneta tiene un defecto. Otro defecto. Ramoneta, a ver cómo te lo explico, Ramoneta... es fan incondicional del Festival de Eurovisión. Sí, ya lo sé... Pero era mi novia, y yo la quería. Bueno, no la quería, pero digamos que le tenía un cierto cariño.

Por su cumpleaños quise darle una sorpresa. Una sorpresa en forma de entradas para la final del Festival. Hasta aquí bien. Pero el problema es que tendría lugar en Dinamarca. Y Dinamarca queda la hostia de lejos. Sólo con el viaje acabaría con los pocos ahorros que me quedaban, pero me lo planteé como una inversión. Sabía que esto la haría muy feliz. Y si Ramoneta era feliz, la fortuna de su padre se abriría de piernas ante mi proyecto independentista.

El resto de la historia ya la conoces. La viste en directo. La vio toda Europa en directo. ¿Te acuerdas de...? ¿Cómo se llamaba, aquel tipo de la barretina? ¿Sabes a quién me refiero? No, claro que no. Ya nadie se acuerda. Porque aquello que hizo él, interrumpir una actuación, no tiene ningún mérito. Fue el primero, sí, pero no fue el mejor. Porque él no cantó. Él no saltó al escenario y se arrancó a cantar una cancioncita de propaganda de su página de Verkami y su proyecto para reconquistar Cataluña.

Fue una canción corta, pero reconocerás que era mejor que la del grupo que representaba a España.

*Tirada de cadena larga.*

¿No?! ¿Qué quiere decir no?!

*Pau coge una guitarra. Se pone a cantar.*

Me llamo Pablo I el Conquistador,  
de mi casa soy rey y señor,  
del reino independiente de mi casa.  
¡Mi reino por unas riendas!

Me llamo Pablo I el Conquistador.  
Quiero reconquistar nuestra nación  
para así otorgarle la independencia  
y que vuelva a ser rica y plena.

*Recitado:*

Me llamo Pablo I el Conquistador.  
Si me ayudáis a ser rey de Cataluña,  
os la devolveré convertida en república.  
¡Mi reino por una república!

Buscadme en Internet, en la web de Verkami.  
Ahí os explico mi proyecto  
y la triste historia de mi abuelo moribundo.

*Vuelve a cantar:*

Me llamo Pablo I el Conquistador.  
Quiero reconquistar nuestra nación  
para así otorgarle la independencia  
y que vuelva a ser rica y plena.

*Fin de la canción.*

¿Te sigue gustando más la canción española?

*Tirada corta de cadena.*

Vete a cagar.

No hace falta que os diga que mi actuación no formaba parte del plan. No estaba prevista. Pero me vi allí, en Dinamarca, con las televisiones de toda Europa grabando la actuación de un grupo que representaba a España y... bueno, no sé, me sobrevino un ataque de *rauxa*.

Un ataque de *rauxa*, sí. Como el increíble Hulk, pero a la catalana.

El resto de la historia ya lo conocéis. Salió en todos los telediarios. Y la actuación en sí... Bueno, recibió un millón de visitas en YouTube. Y sólo os hablo del vídeo más visto, porque se hicieron muchas copias.

De repente, la página de Verkami se activó. ¿Qué digo, que *se activó*? ¡Se disparó! ¡Se volvió loca! De la noche a la mañana aparecieron miles de pequeñas donaciones. Donaciones de 20, de 30 euros. Poca cosa, pero... ¡eran miles! Eran mil, dos mil, tres mil personas que con pequeñas donaciones se iban a convertir en barones, vizcondes y

condes de la nueva aristocracia catalana. Si lo llego a saber no habría ofrecido los títulos nobiliarios tan alegremente, pero... ¿cómo iba a saberlo? Ni en mis sueños más húmedos me había llegado a figurar un escenario como éste.

Ya he dicho que eran donaciones pequeñas, pero todas juntas sumaban una cantidad respetable. Una cantidad que me permitiría poner en marcha la empresa e ir tirando unos meses. Pero eso no es todo. Es que, encima, hubo un donante, un mecenas, que aportó una cantidad de dinero que superaba con creces la suma de todas las otras donaciones.

De todo esto me enteré más tarde, claro. Cuando la policía danesa me soltó.

*Silencio.*

Lo primero que hice al llegar a casa fue declarar la independencia. Fue una ceremonia sencilla, pero muy emotiva. Y muy completa: justo después de la declaración de independencia vino el acto de coronación. Una sesión doble, como si dijéramos.

Fue una ceremonia sencilla, sí. Vinieron pocos asistentes, porque mi piso es un país pequeño. Es tan pequeño que desde lo alto de un armario se puede ver el armario vecino. Abuelo, tendrías que haber venido. Estaban Ramoneta, sus padres... También vino Miquelet.

*Tirada larga de cadena.*

Sí, Miquelet. Tu contrincante en el ajedrez por correspondencia. Te acuerdas, ¿no? A ver si ahora resulta que tienes alzhéimer y te estoy explicando todo esto para nada.

Lo invité con la idea de intentar convencerte para que vinieras, pero qué va... Por cierto, me lo imaginaba mayor. Me imaginaba a alguien de tu edad, y no a un chiquillo de doce años.

*Silencio.*

Ha pasado un ángel. Un ángel muy silencioso, como un ninja.

En serio, este silencio no es normal.

*Silencio.*

Como te decía, fue una ceremonia sencilla pero completa. De una tacada había llevado a cabo los dos primeros pasos de mi empresa: declarar la independencia y coronarme rey. Ahora, pues, ya estaba listo para poner en marcha el tercer paso:

Conquistar Cataluña.

Esto es más fácil de decir que de hacer. Pero yo ya había tomado carrerilla y nadie me podría detener. Además, el éxito del Verkami me había demostrado dos cosas: que disponía de un capital considerable para poner en marcha mi proyecto expansionista y, mucho más importante, que contaba con un gran apoyo popular. Contaba con la voluntad de un pueblo.

El siguiente movimiento fue el más fácil: casarme con Ramoneta. Bueno, fácil-fácil no fue. Todavía no me había perdonado el numerito del Festival de Eurovisión. Pero, en el fondo, Ramoneta me quería como no la había querido nadie. Si no me quisiera no habría asistido a mi coronación. Además, se le estaba pasando el arroz.

Y nos casamos. Y ésta no fue una ceremonia sencilla. Afortunadamente, todos los gastos corrían a cargo del ayuntamiento. Porque el padre de Ramoneta es el alcalde, ya lo sabéis. El alcalde del pueblo. Y yo estaba a punto de convertirme en su rey.

No fue muy difícil convencer a mi suegro. Sólo tuve que prometerle una amnistía fiscal. Sólo eso, y el pueblo pasó a formar parte de mi reino.

Y después vino la comarca. Así, de sopetón. Aún no me había hecho a la idea de que era el dueño de todo un pueblo, cuando las casas consistoriales de los pueblos vecinos llamaron a la puerta de mi casa. A los funcionarios municipales les habían suprimido la

paga de Navidad y habían amenazado a sus respectivos alcaldes y concejales para que hicieran lo mismo. Pero claro, los políticos no estaban dispuestos a renunciar a sus privilegios y, por temor a un motín, solicitaron someterse a mi reinado. Y, ya puestos, que les explicara cómo iba eso de la amnistía fiscal.

En menos de una semana, pues, ya era rey de toda la comarca. También de la capital.

Los ciudadanos de más allá de la frontera miraban mi reino con recelo. Y no los culpo: yo también habría desconfiado de un país surgido de la nada. Pero en el cursillo del INEM hicimos un par de clases sobre publicidad y relaciones públicas. Y *community management*. Unas clases que, la verdad sea dicha, resultaron de gran utilidad para ganarme las simpatías de los catalanes del otro lado.

Empecé una campaña en las redes sociales más populares: Twitter, Facebook, GayRomeo..., y difundí una serie de promesas electorales. O promesas, a secas, porque aquí las elecciones no pintaban nada. Prometí una bajada del IVA. Prometí la supresión del impuesto de sucesiones. Prometí el desmantelamiento de los peajes. Prometí la creación de un canal televisivo que emitiera *Bola de dragón* en catalán las 24 horas del día. Prometí la legalización de las drogas y la implantación de cultivos de marihuana en todos los municipios. Y prometí la creación de un paraíso fiscal. Cataluña se convertiría en un paraíso fiscal, como las islas Caimán, como Andorra, como Montserrat... La isla de Montserrat. Como las Bermudas, Jersey, y algún otro país con nombre de ropa.

Pero hay un tema que no me podía quitar de la cabeza: la donación millonaria del Verkami. Ya os he dicho antes que un mecenas había puesto más dinero que el resto de micromecenas juntos. Era un donante anónimo, y yo lo único que había descubierto era que su dinero venía de una cuenta suiza. ¿Acaso había un millonario en Suiza que comulgaba con mi proyecto catalanista? No, no lo creía. Claro que no. Debía de ser alguien de aquí con el dinero allá. ¿Pero quién podía ser? Durante un tiempo pensé en el vendedor de lotería de Sort. Un hombre que se hizo millonario con la lotería sin necesidad de jugar. Justamente lo contrario que la abuela con las quinielas.

*Silencio.*



La lista de promesas captó las simpatías de los catalanes. Promesas como la de etiquetar todos los productos en catalán. Y en aranés. O la promesa de solicitar formalmente al Vaticano la beatificación de Pep Guardiola. I a la Academia Sueca, el Nobel de Medicina para Copito de Nieve. O viceversa. Eran promesas populistas, lo reconozco, pero no hacían daño a nadie.

*Silencio.*

Las promesas populistas calaron en el pueblo. En el pueblo conquistado y el que me quedaba por conquistar. En todas partes se respiraba un ambiente de esperanza, de fe en un futuro mejor. Desperté simpatías entre todos los catalanes... y los extranjeros. Te dije que un periódico americano me había elegido el Hombre Más Sexy, ¿verdad? Sí, el periódico *The Onion*. “La Cebolla”, en castellano.

“Paul I, the Conquistador. The Sexiest Man Alive.”

Evidentemente, no me podía dejar deslumbrar por cosas como ésta. Que millones de personas (millones de mujeres) de todo el mundo me consideraran el hombre más sexy no podía hacerme olvidar lo más importante: que era un hombre casado. Un hombre casado con Cataluña. Y con Ramoneta, claro. Pero antes que nada estaba casado con mi país. Y ahora no lo podía dejar de lado por culpa de mi *sex appeal*.

Me tenía que centrar.

Tenía que mirar hacia delante.

“The Sexiest Man Alive.” Uf, madre mía.

*Silencio.*

Mi reino comarcal despertó una corriente de simpatía por toda Cataluña. Pero eso no quería decir, ni mucho menos, que el país entero estuviera dispuesto a dejarse conquistar

de buenas a primeras. Se hizo necesaria una fase de negociaciones con toda una serie de municipios. Unas negociaciones muy complejas. Mucho más complejas que todo lo que me habían enseñado en el cursillo del INEM. Pero me fui apañando, gracias a Dios. ¡Qué cojones! Gracias a mi capacidad estratégica.

Por ejemplo, Terrassa. El alcalde de Terrassa no me quería entregar la llave de la ciudad. Lo mismo pasaba con el de Sabadell. ¿Y qué hice? Pues le dije al alcalde de Terrassa que Sabadell quería aprovechar la inestabilidad reinante (reinante fuera de mi reino, claro) para invadir Terrassa. Que Sabadell tenía un ejército a punto para invadir Terrassa.

Al alcalde de Sabadell le dije exactamente lo contrario: que los de Terrassa se estaban armando para invadir Sabadell.

No esperaba que se lo tragaran. En todo caso, no esperaba que se lo tragaran los dos. Pensaba que, con un poco de suerte, Terrassa me pediría protección. O Sabadell. Pensaba que, ante la duda, uno de los dos municipios podría contemplar con buenos ojos la posibilidad de convertirse en un protectorado de mi reino. No fue así.

Tanto Sabadell como Terrassa se me echaron a los brazos. O, mejor dicho, se postraron a mis pies, me ofrecieron vasallaje y me preguntaron qué tenían que hacer para apuntarse a la amnistía fiscal.

Y todo gracias a mi capacidad estratégica. Fue una jugada perfecta. Una jugada...

*Se da una palmada en la cabeza.*

No sé dónde cojones tengo la cabeza.

*Del interior de un bolsillo saca un sobre.*

Abuelo, tengo una carta para ti. De Miquelet.

*Silencio.*

Si la quieres tendrás que salir.

*Silencio.*

Lo digo en serio: si quieres la carta, tendrás que salir del baño.

*Silencio.*

¿No la quieres? Mira que podría ser algo importante. Un asunto de vida o muerte. Tu amigo podría haber sido secuestrado. Dios no lo quiera, pero la vida de Miquelet podría estar en tus manos. Si no lees esta carta, los secuestradores le pueden cortar un dedo. Y otro, y otro, y otro. Y cuando acaben con una mano, empezarán con la otra. Y después... ¿Quieres que siga?

*Silencio.*

Tú mismo. Si no quieres leerla, no la leas. No te puedo obligar.

*Abre el sobre. Saca la carta.*

Pero yo no soy tan insensible como tú. Yo no tengo un corazón de piedra. Yo... voy a leer la carta. Puede ser importante.

*Lee:*

“Tf8.”

Te de Tortosa, efe de Figueres, ocho.

A ver, ¿esto que es? ¿Una partida de ajedrez o de hundir la flota?

Mira, abuelo, no me importa hacerte de cartero. Llevo muchos años haciéndolo, pero... ¿no te parece que ya va siendo hora de que salgas? Que te dé el aire... Mira que te entiendo, abuelo. Sé que llevas mucho tiempo encerrado, y te has acostumbrado, y hasta te da miedo salir.

Pero deberías hacer un esfuerzo. Tampoco te pido que salgas a la calle. Después de todo, ahora no es el mejor momento. Pero podrías salir del baño y quedarte aquí, en el salón. Un rato. Sólo un rato. El tiempo justo para que yo pueda hacer de vientre.

*Silencio.*

Si no sales, me iré. Es un ultimátum: si no sales ahora mismo, me voy. Me voy a cagar. A mi casa.

*Silencio.*

Muy bien.

*Sale. Ruido de una puerta que se abre y se vuelve a cerrar.*

*Entra Pau, asustado.*

¡Es-es-están en la esca-ca-ca-ca-calera! ¡Es-es-es-están...!

*Golpe fuerte, como de puerta al romperse.*

*Pau da un respingo y se tira al suelo.*

*Silencio.*

*Pau arrima la oreja al suelo. Escucha un rato, y se levanta. Se acerca a la puerta del baño.*

*En voz baja:*

Están en casa. En mi casa. Pensaba que entrarían aquí, pero a lo mejor no me han oído. *A lo mejor* no: seguro. Pero ahora están en mi casa. Cuando vean que no estoy, subirán. Estoy seguro.

Abuelo, ¿me oyes?

*Tirada de cadena larga.*

¡Joder! ¡Que nos oirán!

*Silencio.*

No... No nos han oído. O tal vez sí, pero no... no, no, no esperan que esté aquí. No, claro que no. No se deben de imaginar que estoy en casa de mi abuelo. No... no es muy inteligente. ¿A que no? No deben de esperar que haya hecho algo tan estúpido. Pero eso es porque no me conocen.

No saben que yo nunca te abandonaría.

Pero están en casa. Y si están en casa, acabarán subiendo.

*Silencio.*

Puede que ya hayan encontrado la colección de películas porno.

*Silencio.*

O no. Seguro que no. Está demasiado bien escondida. Si no la encontró Ramoneta...

*Silencio.*

Que la encuentren. Me da igual. Si me detienen no será por eso. No. ¿Por dónde iba?

Por Sabadell. Sabadell y Terrassa. Por mi capacidad estratégica.

Soy un gran estratega. Nunca me ha gustado el ajedrez, pero eso no significa que no tenga una mente bien dotada para la estrategia. Lo que pasa es que el ajedrez... No me gusta tener que matar piezas. No me gusta tener que luchar. A mí me gustaría el ajedrez si se pudiera ganar sin tener que jugar. Como el tipo de la lotería de Sort.

“Lo supremo en el arte de la guerra consiste en someter al enemigo sin darle batalla.” Esto lo dijo Sun Tzu, un autor chino del 500 antes de Cristo. Sun Tzu. Debes conocerlo, abuelo. Es de tu quinta.

“Someter al enemigo sin darle batalla.” Yo lo he hecho. Lo he hecho más de una vez. Con Sabadell y Terrassa. Y con el ayuntamiento de mi suegro, sin ir más lejos. Sometí toda la comarca sin tener que recurrir a las armas. Toda la comarca y buena parte de la provincia. Sin recurrir a las armas.

Lamentablemente, a veces no queda más remedio que luchar.

Estaba pensando en Vic.

No, no. Vic no es un buen ejemplo. Lo de Vic fue un accidente. Recurrimos a las armas, pero no teníamos ninguna intención de usarlas.

Sólo envié un ejército de caballeros... Caballeros con armadura, sí, y con espadas, y escudos. Y esas cosas que tienen una bola con pinchos. ¿Pero qué querías? Era el mercado medieval de Vic. El mercado medieval. ¿Qué se supone que tenía que enviar? ¿Teletubbies?

Yo lo único que quería era hacer publicidad de mi reino. Había preparado una pequeña obra de teatro, de teatro de calle, con aquellos caballeros. Que ni siquiera eran caballeros: eran miembros del club de rol Rivendell de Taradell. Tenían que escenificar una especie de batalla en medio del mercado. Y, al finalizar, el ejército vencedor

dedicaría la victoria a Su Majestad Pablo el Conquistador.

Esa era la idea, y así lo hicieron. Lo hicieron bien. Demasiado bien. Tan bien lo hicieron que los espectadores se lo tragaron. Sí, te lo juro: se tragaron que era una batalla de verdad. Medio mercado huyó como una estampida de elefantes. La otra mitad se nos unió. Se unieron a las tropas vencedoras, y avanzaron por las calles de Vic proclamando la victoria de Pablo I y la sumisión de la capital osonense al nuevo reino. Los jugadores de rol no osaron contradecirlos. El alcalde tampoco y, viendo que no había nada que hacer, rindió la ciudad al nuevo monarca.

Y así fue como la ciudad de Vic se convirtió en el primer territorio conquistado al Estado español mediante las armas.

Yo estaba acojonado. Lo confieso: por primera vez pasé miedo. Miedo de verdad. Porque había obtenido una victoria, sí, pero también había declarado una guerra. El gobierno de Madrid no tardaría en reaccionar. Estaba convencido.

*Silencio.*

Me equivocaba. Pasaron las horas, los días, las semanas, y Madrid no movía ficha. Ninguna declaración, ningún comunicado oficial. Sólo la típica barrabasada anticatalanista del político de turno. Pero eran barrabasadas anticatalanistas dichas a título personal. En cambio, España, el gobierno de España, no hizo nada. ¿Por qué? ¿Por qué no reaccionaba? ¿Por qué no nos enviaba el ejército?

¿Acaso habían visto que no tenían nada que hacer? No, claro que no. Yo creo... Yo creía que no nos habían tomado en serio. Quizás pensaban que no iríamos a ninguna parte, y que no valía la pena plantarnos cara. Allá ellos. Ya verían lo que es bueno.

Sea como sea, una cosa es cierta: con la reconquista de Vic traspasamos una frontera. Una frontera simbólica, como todas: la frontera que separa la diplomacia pacífica del uso de la violencia. De acuerdo, es verdad que no llegamos a derramar sangre: sólo intimidamos al enemigo. Estoy seguro de que Sun Tzu nos habría dado el visto bueno. Pero habíamos llegado demasiado lejos, y ya no había manera de dar marcha atrás.

Lo quisiera o no, me había convertido en un rey que se hacía respetar. Por lo menos entre los catalanes, entre mis súbditos.

Y lo aproveché.

Decidí crear un ejército. Necesitaba un ejército de verdad, no una pandilla de jugadores de rol. Si quería hacerme respetar, no debía tentar a la suerte. Lo de Vic había estado bien, pero no podía confiar en que el éxito se repitiera. Necesitaba ir un paso más allá. Necesitaba un ejército de verdad.

Un ejército de verdad no se crea de un día para otro. Se puede tardar años. Pero yo tenía que pensar a largo plazo. Y así, pensando a largo plazo, fue como tuve otra de mis ideas geniales:

Crearía un ejército de bastardos.

Hace veinte años, cuando estaba en la Universidad, yo también hice mis microdonaciones. Entonces no existía Verkami, pero no hacía falta: mis donaciones eran de esperma. Necesitaba pagarme la carrera, y fui un contribuyente asiduo del banco de semen. Mi asiduidad, la verdad sea dicha, rozaba la ilegalidad... pero, qué quieres que te diga, tenía enchufe en el laboratorio.

Ahora tengo decenas de vástagos diseminados por toda Cataluña. No los conozco, y ellos tampoco me conocen. O sí, me deben de conocer, porque soy famoso, pero no saben que soy su padre. No lo saben, pero seguro que se me parecen. A mí y a ti, abuelo. Que tus genes son muy dominantes, eh. Igual que los de papá.

La Marca de la Butifarra. Seguro que la tienen. Me juego lo que quieras.

Ahora, además, tienen la edad de hacer la mili.

No me gusta el servicio militar obligatorio, pero... ¡qué cojones! Estamos en guerra. Además, son mis hijos. Mis soldados. Si hago que los busquen, si ofrezco una buena recompensa, dentro de unos años tendré un comando de élite imparabile.

De momento, sin embargo, sólo tengo un club de rol de Taradell.

Y un escuadrón de rastreadores. De rastreadores de setas.



Y una banda de batucada. Se hacen llamar *Os Meninos do Carlinhos*, pero son más catalanes que el *timbaler* del Bruc.

Y la Asociación de Veteranos del Club Super3. Fiu.

Y los actores de Port Aventura. La liaron bien liada los actores de Port Aventura. Entre los del Far West, los chinos y los bailarines de la Polinesia... Madre mía. Yo ya sabía que no estaban contentos. Porque los actores son gente ambiciosa, ilusos que quieren trabajar en Hollywood y en el Teatre Nacional de Catalunya. Yo sabía que sólo hacía falta calentarlos un poco para que estallaran como palomitas. Aunque no esperaba que estallasen de aquella manera. ¡Pero si aquello parecía la Revolución Rusa! ¡La Revolución Rusa con montañas rusas!

Daba gusto ver la marcha que hicieron hasta Salou. Y cuando se les unieron los estudiantes británicos de la Saloufest. Vale que sólo eran una panda de *hooligans* borrachos con ganas de gresca, pero luchaban con una determinación digna de las Brigadas Internacionales.

Fue glorioso.

*Silencio.*

Y llegamos a Tarragona.

Tarragona. Aquello sí que fue intimidación premeditada. Fue una operación precisa pero delicada. Una actuación perfecta. Fue un 10 de 10.

O 2 de 10, que es como aquella jornada histórica pasó a la historia. Porque aquel día la colla castellera de los Xiquets de Tarragona había conseguido cargar, levantar, un 2 de 10. Con *folre*. Una torre de Babel humana, una demostración heroica de la voluntad del hombre frente a la fuerza de la gravedad.

Lo cargaron, sí. Yo estaba allí. Mis hombres también. Los actores de Port Aventura se habían infiltrado en el *folre*, en el contrafuerte del castell. Y, justo cuando el *enxaneta* alcanzaba la cima, mi voz mayestática brotó de los altavoces. Y declaré oficialmente

inaugurado el secuestro. El secuestro del castell.

Si lo querían descargar, la ciudad se tenía que rendir. Así de sencillo.

El *enxaneta* y el *acotxador* empezaron a llorar. Alguien me pidió que los dejara irse. Se sumaron más voces. Y os juro que nada me habría gustado más que dejarlos bajar. Pobres niños, ¡cómo lloraban! Se me hacía un nudo en la garganta sólo de oírlos. Porque yo tengo sentimientos, ¿eh? Un rey puede tener sentimientos, y está bien que los tenga, pero no puede ser un sentimentalista.

Los niños se quedaron allí arriba. Ellos (ellos y todos los Xiquets) se quedarían donde estaban. Manteniendo el equilibrio. Un equilibrio frágil y trémulo. El castell temblaba y contagiaba su temblor a diestro y siniestro. Las otras collas temblaban. Los espectadores temblaban. Incluso yo temblaba.

El alcalde, no. El alcalde de Tarragona permanecía sereno e impasible.

El castell estaba a punto de desplomarse, y aquello habría sido desastroso. Si el castell se derrumbaba, yo perdería automáticamente mi dominio sobre la situación. El alcalde lo sabía. Pero quizás no sabía que su sangre fría se volvería en su contra. Si dejaba caer el castell, los tarraconenses no se lo perdonarían. ¿Acaso no se daba cuenta? ¿Acaso no era consciente de que la estabilidad de su cargo era tan precaria como la de aquel 2 de 10? ¿Acaso no sabía que la única manera de conservar el estatus era rindiendo la ciudad?

Lo sabía. ¡Claro que lo sabía! Y dijo: “Me rindo.” Dos palabras: “Me rindo”, y el 2 de 10 se descargó sin incidentes. Los ciudadanos de Tarragona soltaron un suspiro de alivio que me hizo temblar de tan fuerte que era.

Lo que vino después me cogió por sorpresa.

La rendición de Tarragona provocó un efecto llamada. O un efecto dominó. De repente, Reus, Valls, Vilafranca y toda la colla de ciudades castelleras se anexionaron a mi reino.

*Silencio.*

*Pau aguza el oído.*

No se oye nada. A lo mejor ya se han marchado. O a lo mejor...

Si me buscan, aquí los espero. No me dan miedo.

Resumiendo: palmo a palmo fui conquistando toda Cataluña. O casi toda.

Ya sólo quedaban Barcelona, l'Hospitalet y otros municipios del área metropolitana. Aunque éstos no tardaron mucho en pasarse a mi bando. Estaban hartos de los recortes de la Generalitat y el gobierno de España, y comprendieron que no tenían nada que perder.

Así pues, sólo quedaba Barcelona. Menos del 0,5 por ciento del territorio de Cataluña. Ya estaba hecho.

El tercer paso de mi plan estaba a punto de llegar a su fin.

De acuerdo, no hay que cantar victoria antes de tiempo. Pero... ¡es que contaba con el apoyo de todo un pueblo! De un pueblo y un ejército que iba creciendo día a día. De todas partes surgían voluntarios. Una multitud de almogávares convencidos y dispuestos a lo que hiciera falta para que Cataluña volviese a caminar unida. Un ejército de segadores...

*Silencio.*

¿Lo oyes? Abuelo, ¿lo oyes? Me aclaman. El pueblo me aclama.

Incluso ahora, en esta hora tan oscura, el pueblo está a mi lado.

Y si ahora me apoyan, ¿qué no harían cuando me encontraba en la cima de mi gloria? Cuando estaba a punto de levantar el castell de nuestra patria. Cuando el *acotxador* ya se había puesto a cuatro patas y sólo faltaba que Barcelona se apoyara y saludara con la mano. Cuando ya sólo faltaba la ciudad de Barcelona para coronar el castell, ¿qué podía fallar?

La victoria era mía. Me sentía como Lance Arms... como Indurain a punto de entrar

en París y pasear su triunfo por los Campos Elíseos. Como Julio César que vuelve de las Galias y hace una última parada a las puertas de Roma. La entrada en Barcelona sería un formalismo. La formalización de mi victoria. Un acto simbólico. Y como era un acto simbólico, había escogido una fecha simbólica.

El Once de Septiembre.

El Once de Septiembre, mis tropas desfilarían Tibidabo abajo hasta la plaza Sant Jaume. Mis tropas triunfantes.

El Once de Septiembre. El Once de Septiembre fue el día en que saltó la noticia. El día que el diario (un diario que se llama diario porque sale todos los días pero, mira por dónde, tuvo que escoger el Once de Septiembre); el día que el diario, digo, escogió para hacer pública la identidad del principal mecenas de mi Verkami. El de la cuenta en Suiza, ¿te acuerdas? Aquel que estaba tan escondido que ni yo sabía quién podía ser. Pues bien, aquel día salió publicado en el diario. Sí, señor. El Once de Septiembre supimos quién había estado patrocinando la conquista de Cataluña. El Once de Septiembre supimos que el principal patrocinador de mi empresa era...

La Casa Real.

La Casa Real de España.

Los Borbones.

Los Borbones, sin yo saberlo, habían financiado la conquista de Cataluña.

En todo caso, eso es lo que decía aquel periódico. Y no era un periódico cualquiera, sino uno subvencionado por la Generalitat. Un diario que, además, está presidido por un Grande de España. Por lo tanto, la información debía de estar contrastada. Por lo tanto, debía de ser cierto que los Borbones habían sufragado la conquista de Cataluña y el sitio de Barcelona.

Un sitio que ya habíamos empezado a romper.

Mis tropas ya habían entrado en Barcelona. Porque nos habíamos levantado muy temprano, muy temprano, y no habíamos tenido tiempo de mirar el periódico. Si lo hubiéramos hecho, no habríamos roto el sitio.

Porque no lo sabíamos.

Y, cuando lo supimos, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Habíamos entrado en Barcelona como segadores, pero los barceloneses no lo vieron así. Por culpa de la fecha, por culpa de los Borbones, por culpa de un periódico...

*Silencio.*

Barcelona no es Cataluña. Barcelona es... es menos del 0,5 por ciento de Cataluña. Un 0,5 por ciento. Si Cataluña fuera sangre y Barcelona fuera alcohol, ¿no nos retirarían ningún punto del carnet por conducir borrachos!

Cataluña me aclama. Cataluña, la Cataluña real, no me ha vuelto la espalda.

*Silencio.*

Escucha, abuelo. ¿No los oyes? Escucha como gritan.

¡Butifarra! ¡Butifarra!

¿Lo oyes?

*Ruido de cristales rotos.*

¡¿Qué?!

*Pau sale. Vuelve con un diccionario voluminoso.*

Un diccionario. Un diccionario de la lengua catalana. Y tiene un post-it...

*Lo abre.*

¿Qué es esto? Me han subrayado la palabra *botifarra*.

*Traduce:*

“Embutido elaborado relleno de una tripa o un fragmento de tripa de cerdo o de bovino con una mezcla de carne de cerdo convenientemente picada, especias y sal.”

Y la segunda acepción. Me han subrayado con un fluorescente la segunda acepción de *botifarra*:

“*Botifler.*” Traidor.

*Silencio.*

Abuelo.

Abuelo, hace rato que no dices nada.

Abuelo, di algo.

Abuelo.

Abuelo, ¿estás muerto?

*Silencio.*

Abuelo, entiendo que no quieras hablar conmigo. Entiendo que estés enfadado. Entiendo que sólo quieras comunicarte conmigo con esta especie de... de morse. Lo entiendo. Estás enfadado y lo entiendo. Ya me ha quedado claro.

Y no... no sé qué hacer para que vuelvas a hablar conmigo. Podría decir que lo siento, que la he cagado. Porque es verdad: la he cagado. La he cagado mucho. Pero no lo siento. Hice lo que creía, porque creía en ello. Creía en mi proyecto. En nuestro

proyecto. Mío, tuyo, de Cataluña. Lo hice por ti, abuelo. Por ti, por los catalanes. Ahora todos me habéis vuelto la espalda. Y reconozco que tal vez... que tal vez algunas decisiones no fueron del todo acertadas. Y que por culpa de estas decisiones he traído la vergüenza a esta casa. Y lamento... lamento profundamente que las cosas hayan ido de esta manera. Lo lamento, sí, pero no lo siento. No siento haber hecho lo que he hecho. Y si pudiera..., si la vida me diera una segunda oportunidad, lo volvería a hacer.

Ahora, si no quieres volver a dirigirme la palabra nunca más, lo entenderé.

*Silencio.*

¿Qué...?

*Se acerca a la puerta del baño. Se agacha.*

*Recoge un sobre del suelo.*

¿Una carta?

*Abre el sobre. Saca una carta y la lee:*

“Jaque mate.”

*Un golpe muy fuerte, como de puerta al romperse.*

*Oscuro.*